

## FULVIO TOMIZZA

### MATERADA

(Fragmento)

Nací el 26 de enero de 1935, en Materada de Umago (antes Matteredá), una parroquia que comprende una decena de predios que, a pesar de hallarse a sólo siete kilómetros de la costa, posee una civilización estrictamente véneta y tiene todas las características de la Istria de tierra adentro, campesina y plurilingüe. Fueron precisamente mis antepasados, provenientes de Dalmacia, los primeros en preparar ese tramo boscoso para el cultivo de granos y viñedos; es posible que dicho tramo haya sido un regalo de la República de Venecia a Istria, tras la terrible peste de 1600. A ese primer núcleo familiar (muy nutrido de hijos y de nueras) se agregaron otros, procedentes de las no lejanas Eslovenia y Croacia, pero también del Friuli y de otras localidades italianas, como lo testimonian los apellidos italianos y eslavos de la gente de Materada, la cual se expresa indistintamente en un dialecto rico de influjos eslavos y en un croata-dálmata caracterizado por la presencia de tantos términos italianos insuprimibles. Pongo un ejemplo: ni siquiera hoy, veintisiete años después de que Materada forma parte de la República de Croacia, ha entrado en el habla local el exacto sustantivo *šuma*, que significa bosque y que el materadese prosigue corrompiendo con un bizarro *bosak*; y como, por otra parte, en el dialecto italiano no figura normalmente la voz *cabra*, o el véneto *cavra*, sustituida por el correcto *koza* (y es muy extraño que la mayor parte de los apellidos materadenses sea *Kozlovic* —antes *Coslovich*—, por lo cual decidí darle este apellido representativo al protagonista de mi primera novela).

En la pequeña iglesia de Materada, que mandó erigir hacia 1650 el más antiguo de mis antepasados, *Zorzi Tomizza* (en ciertas ocasiones *Tómica*) se conserva una importante inscripción en glagolítico, el alfabeto paleoslavo anterior al cirílico, presente incluso en enteros registros parroquiales custodiados en el curato.

La historia civil del pueblo se inicia prácticamente con la lenta disgregación del imperio austrohúngaro y el pleno —aquí tardó— despertar del sentimiento nacional. En la aldea más vital de *Guirizzani* (hoy *Juricani*), donde nació, Materada puede contar con una escuela croata y una italiana; tiene la Liga Nacional y un *Društvo* (asociación) eslavo. Otro escritor fronterizo, el alto-altesino *Claus Gatterer*, me reveló recientemente que el ochenta por ciento de la población de Materada votó a fines del siglo pasado en favor de la escuela croata y que, sólo algunos años después, con el mismo porcentaje se pronunció en favor de la escuela italiana. Vino el fascismo y con él las primeras represiones, las venganzas, los vejámenes. La mía era una familia de pequeños propietarios acomodados, comerciantes. *Ferdinando*, el padre, que en Materada aparece marginalmente con el diminutivo de *Nando* y que

más tarde aparecerá como eje en *El árbol de los sueños*; la madre, *Margherita Franck Trento*, de origen más popular y, por lo mismo, más eslava. Interesantes e inquietantes consecuencias tuvieron en aquel microcosmos, muy ambiguo, los últimos años de la Segunda Guerra Mundial con las fugas de los soldados italianos, la presencia de los alemanes y las incursiones de los primeros partisanos, incluidos los locales, que menciono en *La quinta estación* ateniéndome escrupulosamente a las impresiones que surgían bajo la mirada de un muchacho de unos ocho a diez años. Con la Liberación, la administración italiana le cedió el lugar a la yugoslava. Materada conoció el periodo más severo y amargo de su historia, culminado con el memorandum de Londres de 1954 y el consecuente éxodo de la zona B, del que me ocupó en mi primer ensayo narrativo. Dejé el pueblo a los nueve años, para proseguir mis estudios en el seminario de *Capodistria*; luego en un internado de padres salesianos, en *Gorizia*; posteriormente volví a *Capodistria*, al liceo *Carlo Combi*, frecuentado por los hijos de la burguesía véneta local, entre los cuales estaba, muchos años antes, *Pier Antonio Quarantotti Gambini*. Mi padre, en una zona incontrolada como la nuestra, sufrió la confiscación de gran parte de sus bienes y estuvo encarcelado dos veces; en fin, fue a recalar a Trieste, donde le ayudé desempeñando varios oficios, hasta que contrajo una enfermedad de la que murió a los 47 años de edad y que apenas le dio tiempo de morir en casa. No quise reunirme otra vez con mi madre y mi hermano en Trieste. Preferí quedarme, completando los estudios liceales y luego colaborando en las transmisiones culturales de *Radio Capodistria*, frecuentando a continuación la *Academia de Arte de Belgrado* y tomando parte en la preparación de un filme en *Lubiana*. Era en el verano de 1955, el verano de Materada. En octubre resolví regresar a Trieste. Le envié a *Elio Vittorini* una primera versión de la novela basada en los hechos vividos recientemente, y me aconsejó reescribirla: "Se trata de reescribir la misma historia, lograrla. Es necesario que usted halle la manera de presentarla de una manera más profunda (vívala con mayor profundidad)." El nuevo libro, escrito dos años después, en 1958, obtuvo el visto bueno de *Vittorini* y de *Nicoló Galo*, que en ese tiempo empezó a dirigir la colección *Medusa* de la editorial *Mondadori*. La novela atrajo inesperadamente la atención de la crítica italiana, que destacó la serena objetividad, la absoluta "ausencia de odio". El afortunado *Quarantotti Gambini*, junto con *Stuparich*, *Biagio Marin* y uno de los tres escritores de la gran Trieste, a quien conocí poco antes de que muriera (el siempre gran escritor que no he dejado de admirar, *Biaseto*), le parecía hallar en esas páginas "algo que no es fácil definir: algo, respecto de los narradores de

hoy, algo como una humanidad más tierna, más vasta, más honda". Le causó admiración, a él, que formaba parte de un mundo istriano totalmente opuesto. "el modo de expresarse, que acoge con espontaneidad tan fresca palabras y frases de nuestra gente".

Siguieron *La muchacha de Petrovia* (1963) y *El bosque de acacias* (1966), que pretenden narrar las vicisitudes de esa misma gente en los campos de cultivo para prófugos en el altiplano del Carso, luego en tierras ganadas a los pantanos en el Bajío Friulano. Estas dos novelas y *Materada* fueron publicadas por Mondadori bajo el título *Trilogía istriana*, en 1967. Entretanto había escrito una tragedia cársica, *Vera Verk*, llevada a la escena por el Teatro de Trieste y cuyas representaciones en Lubiana y en Zagreb (enero de 1963) constituyeron el primer contacto cultural entre Trieste y las capitales de Eslovenia y de Croacia después de tantos años de tensiones y conflictos.

Se advertían los primeros síntomas de un deshielo, de una alianza inesperada entre dos mundos que habían rozado el encuentro armado; una alianza que, a causa de mi procedencia y formación, me parecía necesaria y vital, sin descartar que en mis confusos años juveniles transcurridos en Yugoslavia pesaba y me remordía el recordar la muerte de mi padre. Intenté librarme de ello en la novela tan autobiográfica *El árbol de los sueños* (Premio Viareggio

1969), seguida de otros fragmentos oníricos reunidos en *La torre al revés* (1971), en los que regresaba a una visión anterior de mi tierra, vista en su incorruptible virginidad selvática, donde, festivas y saludables, venían a mi encuentro las figuras conocidas y amadas en mi nuevo y último acercamiento a Trieste. Entre éstas, sobre todo una muchacha judía con la cual casé y que literalmente quise llamar Miriam. (*La ciudad de Miriam*, 1972).

Respecto de las precedentes ediciones de *Materada*, de la de 1960 a la de la colección *Scrittori Italiani e Stranieri*, de 1971, en la presente, que es la sexta, sólo me limité a retocar dos o tres nombres y apellidos de personas reales que en mi narración "coral" mantuve íntegros, no obstante (o precisamente por) sus responsabilidades efectivas. Es un signo más de la satisfacción y, hay que decirlo, de la alegría (como pude testimoniarlo en la conferencia "Hombre y escritor fronterizo" que sustenté en los ciclos de la Asociación Cultural Italiana, y luego en las universidades de Viena y de Bratislava y en el Círculo Italiano de Cultura de Praga), con la que saludo el regreso de la paz entre esta gente honesta, sometida por la historia a pruebas y desafíos superiores a sus fuerzas, y que "últimamente ha sufrido en sangre propia la aridez de cualquier división, lo absurdo de cualquier frontera". ♦



Días después, Brano mandó que me dijeran que debía presentarme en la escuela de Giurizzani. Eran las nueve de la noche cuando entré al aula donde treinta años antes hice mi instrucción primaria. Después de muchos meses de silencio y quietud se daba una de aquellas conferencias secretas que decidieron el destino de tanta gente. La última que se daba y, me parece, la última que se haya hecho en Giurizzani.

Todo estaba dispuesto como mil veces había pensado que debía ser. Tras la mesa, donde antes se sentaba el maestro Romeo, ahora estaban Brano, Giovanni Bože; Stane, presidente del *kolkhoz*; el más joven de los Chersi, quien poco antes me había devuelto el saludo. En el suelo, inmediatamente abajo, estaba sentado Rozzan, del cual se podría haber dicho que nada tenía que ver en el asunto, que sólo estaba de paso o que sólo quería intrigar. En la primera banca estaban sentados Giogi Lessio —a pesar de haber sido destituido tres años antes—, Toni Jurissevich y Nini Gazde, que figuraban como viejos combatientes pero que en realidad no habían visto nunca otra escopeta que no fuera de cacería. Las dos bancas posteriores se hallaban ocupadas por las llamadas fuerzas nuevas: los hijos que aún estudiaban y las habituales personas hambreadas, que solamente sabían gritar y, quién sabe por qué, parecían hacerlo como impulsados por un acto de fe. Al entrar yo todos se pusieron de pie; eran cordiales y me llamaban por mi nombre. Me llevaron hacia adelante, entre la mesa y las pequeñas bancas de los muchachos, donde ahora se sentaban aquellos hombres altos y fornidos, como si fueran otra vez

escolapios. Brano comenzó a hablar. Se nota que cuando él habla en público imita los gestos de los jefes que venían al Dom; emplea el tono de Vanja, mueve las manos y golpea el puño como Medizza. No obstante, conserva algo de nuestros campos y establos. Y dijo más o menos así:

"Mi querido Franz, te hemos llamado para re-sol-ver finalmente y de común acuerdo la cuestión que tanto te interesa, y que nosotros, como buenos compañeros que deben cuidar los intereses del pueblo trabajador, debemos resolver. Se te ha hecho una gran injusticia. Y ¿por quién? Por quien aún cree que puede dictar las leyes en nuestro pueblo y todavía no se harta de chupar la sangre del pobre, sin saber que los tiempos han cambiado y que también aquéllos, los que hasta el día de ayer estaban sometidos, hoy pueden levantar la cabeza y decir ¡basta!"

Golpeó fragorosamente el puño contra la mesa y todos aplaudieron.

Yo no sabía de mi asombro y me preguntaba cómo era posible que en tan poco tiempo se hubiese vuelto tan capaz. Prosiguió.

"Pero tú —igual que toda tu familia y la de tu hermano— siempre has sido uno de los nuestros. Aun en los tremendos años del fascismo, cuando nos prohibían hablar nuestra lengua; aun en los tiempos de la gloriosa Lucha de Liberación, durante la cual también tú, como el más sano pueblo de Materada, diste, pobrecito, lo que podías. Ante nosotros apareces con una sola culpa, y tú lo sabes mejor que yo, a pesar de que varias veces te lo dije. Y tu culpa consiste en no haber elegido con decisión el camino

justo, en no haberte dirigido a nosotros para contarnos tu verdadera situación, en no haber acusado antes, como verdadero hombre libre, a aquél que te tenía, a ti y a tu familia, como esclavos. Pero nosotros te esperábamos. Y hoy, precisamente cuando la reacción parece haber puesto de nueva cuenta el pie en nuestro territorio y se hace propaganda y se habla mal públicamente de Yugoslavia, y se empuja a la gente a dejar la propia tierra y a trasladarse a esa Italia que a nosotros solamente nos ha perjudicado, precisamente hoy tenemos muy en cuenta que hayas sabido ver con claridad, por ti mismo, y levantar la cabeza y gritar ¡basta!"

Todos volvieron a aplaudir, y más fuerte que antes. Había terminado el discurso de apertura; ahora había que ir al grano. Cambiando de tono, empezó a hablar con fluidez.

"El compañero Vanja ha estado entre nosotros, aquí, junto con otros compañeros. Han dicho que es absolutamente necesario resolver esta cosa, que es una vergüenza que precisamente entre nosotros haya alguien a quien todavía no se le haga justicia. ¿Qué dicen ustedes?" dijo dirigiéndose al público.

"¡Desde luego! ¡Es justo! ¡Basta de explotadores del pueblo! ¡Muera la reacción!"

"Ya hemos analizado y discutido mucho. Sólo hay un modo, una salida. Tú debes ayudarnos y, al mismo tiempo, ayudarte a ti mismo. Tu tío no quiere saber nada de darte la tierra. No te la dará nunca. Y nosotros no podemos quitársela, ya que sus papeles están en regla, aunque todo — y lo sabemos muy bien — se debe a un puro enredo. Y ahora, Franz, tú debes demostrar que eso es el resultado de un enredo, y decírselo a todos, decir públicamente la verdad: cómo tu tío se apoderó de la herencia de tu padre, cómo te prometía esto y aquello en vano, mientras él se embolsaba todo. Y todo el dinero lo mandaba en una barca, o quién sabe cómo, a Trieste."

Me quedé helado.

"No comprendo", dije, y me temblaba la voz.

"Ahora comprenderás", repuso, y le pidió a Giovanni Bože que le pasara la bolsa.

Sacó una hoja de papel escrita a máquina.

"Sólo hay una manera de recuperar la tierra, y es la más justa. Tu tío debe ser condenado. Entonces se le hará un proceso para revisar y examinar otra vez su propiedad, es decir sus enredos. Lee."

Eran nueve las acusaciones en contra de mi tío, y parecía que yo mismo las había escrito. Agité la hoja y pregunté: "¿Quién escribió esto?"

"Lo escribimos nosotros, creyendo que ésa era tu voluntad."

"Se equivocan. Yo no firmo este papel."

Todos saltaron, como electrizados.

"¿Por qué? ¿Qué quieres decir? ¡Explicate!"

"Lo que está escrito acá arriba es falso."

"¿Cómo puedes decirlo?", gritó Brano.

"Es falso. Deberían avergonzarse."

Brano vino a mi encuentro y me clavó sus pequeños ojos falsos bajo la nariz.

"¡Aquí quería verte! ¡Ya interrogamos antes a tu hermano!"

Entonces me enojé y dije: "¿Por qué le creen a mi hermano? ¡Él no es un hombre!"

"Eso es lo que tú no eres. ¡Tú eres el que ahora quiere esconder la verdad!"

Se volvió hacia los compañeros y dijo: "¿Ya lo ven? ¿No se los había dicho? ¿Ya ven con quién tratamos? ¡Con uno que primero quiere dar puñetazos sobre la mesa y luego se orina en los pañales!"

Todos reían a mi costa; sólo Giovanni Bože permanecía serio, y veía que deseaba ayudarme de alguna manera.

"Este es un enredo", dije. "Yo no firmo."

Brano parecía un endemoniado.

"¡Véanlo", gritaba, "éste es un hombre valeroso!"

Aumentaron las carcajadas. Al volver el silencio, le pregunté: "¿Acaso tú eres un hombre valeroso?"

Silencio.

"¿Tú, que mandaste deponer a Giochin en contra de Nando ante los jueces?"

No me dejó terminar. "¡Óiganlo hablar! ¡Y ustedes lo consideraban uno de los nuestros!"

"Nunca les he pedido serlo."

En ese momento la voz de Chersa se elevó sobre las demás: "¡Cállate, vendido!"

Los que se hallaban en los últimos bancos agitaban los puños, pataleaban, hacían un ruido de los mil demonios.

Yo los miraba con los ojos cuadrados, difícilmente podía creer que hubieran cambiado de opinión en unos cuantos instantes, que aquellas manos abiertas poco antes, aplaudiendo, se cerraran ahora en tantos puños amenazadores.

"¿Qué debemos hacer con hombres como éstos?", preguntaba Brano, y ellos respondían: "¡Colgarlos!"

Además de Giovanni Bože, Rozzan no sabía qué partido tomar; su cara estaba roja y me miraba con ojos suplicantes, pero al mismo tiempo me odiaban por no poder ser como los de los otros.

Brano le preguntó: "Y tú, Rozzan, ¿qué dices?"

"¿De qué?", preguntó a su vez. Pero los demás pensaron que lo hacía con el propósito de burlarse y estallaron nuevas carcajadas.

"¿Qué crees que se puede hacer con hombres como él?"

Me miró, luego alzó los hombros y dijo: "Tener paciencia."

Y todos rieron al oír la palabra paciencia. Chersa dijo: "Estos son peores que los patrones. Los dejan hacer lo que se les antoja y siempre son esclavos."

"Nada de eso", dijo otro, "no es un colono. Quería meterle zancadilla a su tío y convertirse en patrón."

¡Y ahora estos buenos hombres se irán a Trieste y le dirán a los frailes que aquí no se puede vivir!"

"¡Sí!", dijo Chersa, ex colono de mi tío, "déjenlo ir."

Tú también vete a Trieste ¿qué esperas? Deja que los italianos le monten a tu mujer y puede que ellos te erijan un monumento!"

Volvieron a reír, y yo estaba allí en medio, con aquella hoja en la mano. Y mientras la rompía en mil pedazos, les dije: "Son el peor tipo de gusanos que

se arrastran sobre esta tierra. ¿Quién ha puesto el mando en sus manos, pobres borregos? Quieren copiar a los otros, a los grandes, y son incapaces de decir algo propio. Sólo les importa lo que les conviene, eso sí lo saben muy bien, y dejan a un lado a todo aquel que les estorba en el camino. Todavía tienen las manos sucias de estiércol, y con ese estiércol manchan los muebles; no son trabajadores que después del trabajo saben lavarse las manos. Tú, maldito Chersa, ¿acaso no tienes ya parte de la tierra de mi tío? ¿Por eso ahora hablas y ríes y levantas la voz, con la pretensión de juzgarme? No olviden que si la gente se va es solamente por culpa de ustedes."

Arrojé los pedacitos de papel al suelo, y uno de ellos fue a dar a la cara de Chersa. Se puso de pie y me dio una bofetada.

"¡Vendido!", me dijo.

Retrocedí tres pasos, me froté con la mano el labio que ya se estaba hinchando, y dije despacio: "Hace veinte años me dieron una bofetada, ustedes lo saben. Esta es la segunda. Y ha sido mucho más fuerte."

Y salí, mientras todos, en silencio, me acompañaron con la mirada.

De alguna manera, me sentía libre y contento. En ciertos casos no hace daño recibir un bofetón: se experimenta la sensación de no deberle nada a nadie. Y sentí ganas de echarme un buen trago. Las piernas, quién sabe por qué, me llevaban precisamente al Dom, pero tuve tiempo de enmendar el camino y me dirigí al bar de Gelmo.

Era sábado y algunos parroquianos jugaban a los naipes en torno de dos mesas; otros se agrupaban en la barra y en el rincón, donde yo había hablado con Rozzan en ocasión del novenario.

Al entrar todos levantaron la mirada, pero nadie me saludó. Luego vi a mi hermano sentado solo a una mesa, y, por la manera en que se removía en la silla, comprendí que en vano había tratado de trabar conversación con los demás. Se había emborrachado a solas.

"¡Buenas noches!", dije en voz alta.

Luego de un breve silencio, "Buenas", dijo Milio.

Al acercarme a la barra cambiaron de conversación y me miraron con desconfianza. Yo estaba embarullado y trataba de esconder el labio, para que no lo vieran. Y le pregunté a Milio: "¿Qué tal, jorobadito?"

Me contestó de inmediato: "Hay buen tiempo, buen tiempo."

Le pedí a Italo una cerveza y respondió: "No hay cerveza".

Entonces, cambiando el tono de voz, insistí: "¿Y qué es lo que están bebiendo estos señores? ¿Acaso no es cerveza?"

"Es cerveza, pero ya se acabó. Le di a Bortolo la última botella."

Se acercó apresuradamente Gelmo y, preocupado y solícito, le dijo: "¿Cómo que no hay cerveza? Para los amigos siempre hay cerveza. ¿De qué hablas?"

Y de un mueble sacó una botella que tenía guardada para las personas de confianza o para las demasiado

sospechosas. Italo se enojó y dijo:

"¡Luego me echan a mí toda la culpa! ¡Usted mismo me ordenó que no la sacara!"

Pero Gelmo reía, mostrando la dentadura postiza y tratando de estúpido a Italo; me explicó que le habían llevado unas cuantas cajas, sólo nueve, que no surtían más porque el camión que venía de Lubiana era descargado en Umago, en Punta, donde había muchos turistas de todas las razas y opiniones: italianos, franceses, austriacos, alemanes, serbios y americanos, el diablo y su propia madre; pero para los amigos siempre guardaba una botella.

Yo no sabía si agradecerse o no, porque bien me daba cuenta de qué tipo de amigos hablaba, y le dije: "Entonces guárdala para los amigos más íntimos, y a mí dame un cuarto de vino."

Pero él se sintió ofendido y a toda costa quiso abrirme la botella.

Empecé a tomármela en paz, viendo a Milio que me miraba con el rabillo del ojo. Luego lo escuché decir en voz alta, para que yo lo oyera bien: "Sí, mi querido Bortolo, sí. Estamos volviendo a los años duros de antes. Cuarenticinco, cuarentiseis, cuarentisiete, cuarentiocho, cuarentinueve. . ."

"Cincuenta", agregué. Pero guardaron silencio. Y pregunté: "¿No hubo elecciones en el cincuenta?" Respondió de mala manera, hablándole a la pared: "Entonces era otra cosa. Aquella vez se trataba de forasteros, no de nuestra gente."

Y, como si hubiera dicho una gran cosa y para no arruinar el efecto producido, se despidió de los demás y salió dando un portazo.

También salieron Poldo y los otros dos; y pensé que eran muy injustos conmigo y con ellos mismos. Recordé que todos hicieron lo que habían querido en aquellos años que decía Milio, y, cuando todos medraban, ellos mismos aprovecharon de la nueva idea todo aquello que podía favorecer sus intereses.

Y el mismo Poldo —que no salía de la iglesia, se daba golpes de pecho y se manifestaba en contra del régimen y trabajaba la mitad de la tierra de su cuñada que vivía en Trieste, del '45 en adelante cosechó todo el trigo y a ella no le dio ni un cucurucho de harina para empanizar un pescado.

Llamé a mi hermano y le dije: "Vamos a casa. Mañana temprano tenemos que barbechar."

Salimos y nos encaminamos a casa. Adelante del aguaje en que abrevan las bestias, estaba solamente el camino oscuro y desierto. Me detuve y le dije: "Amigo, ¿qué has hecho?"

Se lo esperaba. Y le temblaba la voz.

"Nada. ¿Qué hice?"

"¿Y todavía me lo preguntas? Bribón, ¿quién te dijo que hablaras?"

Lo sujeté por el cuello. Él se defendió con las manos y le di una patada, luego otra hasta que se volteó para enfrentármeme. Entonces le di un golpe en plena cara. Y le dije: "Que esto te sirva de lección."

Le ayudé a levantarse, y caminé a unos cuantos pasos detrás de él, observándolo, hasta llegar a casa. ♦